

CAPITULO CIII.

Sabios y eruditos españoles: Feijoo, Macanaz.—Médicos: Martín Martínez, Fray Antonio Rodríguez.—Historiadores: Ferreras, Miñana, Belando, San Felipe, Mayans y Ciscar.—El dean Martí.—Poesía: Luzan: su Poética.—Aurora de la regeneración intelectual.

Por más que el catálogo de los hombres sabios de este reinado no sea tan numeroso como el de otros siglos, ni puede serlo cuando sólo empezaba a alumbrar la claridad por entre las negras sombras del oscurantismo en que había envuelto al anterior la ignorancia, la preocupación, el fanatismo y el mal gusto, fueron aquellos tan eminentes que, en medio de la negra noche que les rodeaba, aparecen como astros luminosos que derraman luz en torno suyo y la difunden para aclarar las ideas de sus contemporáneos y alumbrar el camino que deben emprender las edades posteriores.

El benedictino P. Feijoo, ese gallego insigne, honra de España y de su tiempo, asombro aún hoy día de los hombres más eruditos de todas las naciones, fué el astro de la crítica que comenzó a disipar la densa niebla de los errores y de las preocupaciones vulgares, del pedantesco escolasticismo, y de las tradiciones absurdas que como un torrente habían inundado el campo de las ideas, y ahogado y oscurecido la verdad.

El célebre Campomán dice de él con muchísima razón: «La memoria de este varón ilustre, será eterna entre nosotros, en tanto que la nación sea ilustrada; y el tiempo en que ha vivido será notable siempre en los fastos de la literatura nacional...» «La revolución que efectuó el P. Feijoo en los entendimientos de los españoles, dice William Coxe hablando del reinado de Felipe V, sólo puede compararse á la que el genio poderoso de Descartes acababa de hacer en otras naciones de Europa por su sistema de la duda filosófica.»

«Lustre de su patria y el sabio de todos los siglos,» le llamó otro distinguido extranjero, Mr. Laborde, en su *Elogio del benedictino Feijoo*.

«¿Qué podremos añadir nosotros á estos juicios en alabanza del ilustre autor del *Teatro crítico* y de las *Cartas eruditas*?» añade en otra parte un distinguido historiador español, y positivamente que después de tantos elogios hechos por varones tan eminentes, los nuestros habían de ser pálidos siempre.

D. Melchor de Macanaz era un hombre de vastísimo ingenio, de infatigable laboriosidad y de fecundísima pluma, que produjo tantas obras que nadie ha podido todavía apurar y ordenar el catálogo de las que salieron de su pluma, y de las cuales hay algunas impresas, muchas más manuscritas, y no se sabe cuántas dispersas, de quien dijo el cardenal Fleury, con no ser apasionado suyo: «Dichoso el rey que tiene tales ministros!» lo cual, como puede comprenderse perfectamente, constituye su mejor elogio.

Fué uno de esos pocos hombres de los que se dice con frecuencia que se adelantan al siglo en que viven, é hizo él solo, como dice muy oportunamente un historiador moderno de gran criterio, más que hubieran podido hacer juntos muchos hombres doctos en favor de las ideas reformadoras.

Mucho más pudiéramos decir respecto á este ilustrado personaje, pero como siguió figurando en los reinados posteriores, y en ellos y para ellos escribió algunas de sus obras, ha de ofrecérsenos ocasión de hablar de él en otro estudio más general que más adelante haremos de la situación de España.

La medicina también adelantó notablemente en esta época, encontrando en Martín Martínez un instruido y celoso reformador, aún cuando la ignorancia y la injusticia se desencadenaron contra él, y fué, como dijo Feijoo, una de las víctimas sacrificadas por ellas, falleciendo, para desgracia de la misma ciencia, de resultados de los disgustos que le ocasionaron en 1734 á lo mejor de su edad.

Pero á pesar de su corta vida, este eminente profesor, médico de cámara que fué de Felipe V, conocedor de las lenguas sabias, y muy versado en los escritos de los árabes, griegos y romanos, dejó escritas varias obras luminosas, especialmente de anatomía, siendo entre ellas notable la titulada *Medicina escéptica*, cuya obra está escrita especialmente, ó por lo ménos es muy marcada su tendencia, contra los errores de la enseñanza de esta facultad en las universidades.

Otro reformador tuvo la medicina en un hombre salido del claustro, el cual lo mismo escribió sobre puntos de teología moral y de derecho civil y canónico, como resolvió cuestiones médico-quirúrgicas con grande erudición.

La *Palestra crítica médica* tuvo por objeto destronar lo que él denominaba la falsa medicina.

El P. Antonio José Rodríguez, que este era su nombre, religioso del orden de San Bernardo, era defensor del sistema de observación en medicina.

De igual manera se desarrolló y adquirió gran vida, también en este tiempo, la afición á los estudios históricos, y hubo muchos ingenios que hicieron apreciables servicios al país en este no ménos importante ramo de la literatura.

El eclesiástico Ferreras, á quien el rey Felipe V hizo su bibliotecario, escribió su historia, ó sea *Sinopsis histórica de España*, mejorando la cronología y corrigiendo muchos errores de los historiadores antiguos; obra que alcanzó cierta boga en el extranjero, que se publicó en París traducida al francés, que ocasionó graves sinsabores al autor y le costó escribir una defensa, de cuyo mérito y estilo hacen extraordinarios elogios cuantos la conocen y han podido apreciarla en lo que verdaderamente vale.

El P. Miñana, religioso trinitario, continuaba la *Historia General* del P. Mariana desde D. Fernando el Católico, en que éste la concluyó, hasta la muerte de Felipe II y principio del reinado de Felipe III, y daba á luz la *Historia de la entrada de las armas austríacas y sus auxiliares en el reino de Valencia*.

Fr. Nicolás de Jesús Belando, franciscano descalzo, publicó con el nombre algo impropio de *Historia civil de España* la relación de los sucesos interiores y exteriores del reinado de Felipe V hasta el año 1732, cuya obra ha sido varias veces citada por nosotros al ocuparnos de este reinado.

Muchos seculares laboriosos y eruditos pertenecientes á la nobleza consagraban también sus vigilias, ya desde los altos puestos del Estado, ya en el retiro de sus cómodas viviendas, á enriquecer con obras de distintos géneros y tratados históricos la literatura de su patria.

El marqués de San Felipe escribió con el modesto título de *Comentarios de la guerra de España*, las apreciables Memorias militares, políticas, eclesiásticas y civiles de los veinticinco primeros años del reinado de Felipe V, cuyos excelentes trabajos continuó por algunos años más, después de su muerte, D. José del Campo-Raso.

Todavía alcanzó este reinado el ilustre marqués de Mondéjar, autor de los *Discursos históricos*, de las *Advertencias á la Historia de Mariana*, de la *Noticia y juicio de los más principales escritores de la Historia de España*, de las *Memorias históricas de Alfonso el Noble y de Alfonso el Sabio*, y de otros muchos opúsculos, discursos y disertaciones históricas.

Como una de las lumbreras más brillantes de este reinado, y aún de los siguientes, por cuya razón nos ocuparemos ahora poco de él, como lo hemos hecho al mencionar á Feijoo y Macanaz, debemos citar al sabio D. Gregorio Mayans y Ciscar, á quien Heineccio llamó *Vir celeberrimus, laudatissimus, elegantissimus*, al que el mismo Voltaire dió el título de *Famoso*, y el autor del *Nuevo viaje á España* nombró el *Nestor de la literatura española*. Sus muchas obras son asuntos y materias de jurisprudencia, de historia, de crítica, de antigüedades, de gramática, de retórica y de filosofía, bien en latín, bien en castellano, por cuya razón se le coloca en el número de los escritores más fecundos de todos los tiempos, y en el de los más eruditos de su siglo.

Además de éstos otros ingenios cultivaban la amena literatura, ya componiendo comedias, poemas festivos, odas y elegías, ya haciendo colecciones de manuscritos, de medallas y otros efectos de antigüedades, como el dean de Alicante, D. Manuel Martí, grande amigo de Mayans y de Miñana y de muchos sabios extranjeros.

Este ilustrado sacerdote hizo una descripción del anfiteatro de Italia, otra del teatro de Sagunto, el poema de la *Gigantomaquia*, y dejó una colección de elegías sobre asuntos bien extraños, como los metales, las piedras preciosas, los cuadrúpedos, los pájaros, las serpientes, etc.

Completamente estragado en el siglo anterior el gusto poético, según tuvimos ocasión de manifestar, en éste tuvo también un restaurador en un hombre que, aunque no era él mismo gran poeta, estaba dotado de un fino y recto criterio, y tenía instrucción y talento para poder ser buen maestro de otros.

Tal era D. Ignacio de Luzan, el cual se había educado en Italia, estaba versado en los idiomas latino, griego, francés, italiano y alemán, era doctor en derecho y en teología en la universidad de Catania, individuo de la Real Academia de Palermo bajo el nombre de Egidio Menalipo, y cuando volvió á Zaragoza, su patria, en 1737, compuso su *Poética*, que entre las varias obras que escribió fué la que le dió más celebridad, como que estaba destinada á restablecer el imperio del buen gusto, tan corrompido por los malos discípulos de Góngora y de Gracian, y á ser el fundamento de una nueva y más delicada escuela.

«Al principio, dice un historiador, fué recibida por algunos con frialdad, por otros impugnada, porque los ánimos estaban poco preparados para aquella innovación, pero al fin triunfó, como en otro tiempo Boscan, y sobre sus preceptos se formaron Montiano, Moratin, Cadalso y otros buenos poetas de los reinados siguientes. Los enemigos de la reforma llamaban *afrancesados* á los que seguían las reglas y la escuela de Luzan, como en otro tiempo llamaron *italianos* á los sectarios del gusto y de las formas introducidas por Boscan. Porque así como éste se había formado sobre los modelos de la poesía italiana, aquél citaba como modelos á los buenos clásicos franceses. La poética de Luzan era un llamamiento á los principios de Aristóteles; la escuela italiana, importada á España en el siglo XVI, siglo de poesía, había regularizado el vuelo de la imaginación; la escuela francesa, importada en el siglo XVIII, siglo más pensador que poético, alumbraba y esclarecía la razón: cada cual se acomodaba á las costumbres de su época.»

Esta breve reseña que acabamos de hacer del movimiento intelectual durante el reinado del primer Borbon, creemos que es suficiente para demostrar que en todos los ramos que constituyen el estado social de una nación aparecía una aurora de regeneración cuyos vivísimos rayos habían de iluminar los reinados subsiguientes.



SUBLEVACION DE LOS GENEVESES CONTRA LOS AUSTRIACOS

Riera, editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.

CAPITULO CIV.

Reinado de Fernando VI.—Política interior y exterior del nuevo Rey.—Estado de la cuestion de Italia y cambio de generales.—Retirada del ejército franco-hispano.—Entran en Génova los austriacos.—Expedicion austro-sarda a Provenza.—Insurreccion de Génova.

TREINTA y cuatro años de edad tenía cuando subió al trono Fernando VI, único hijo varón que había quedado del primer matrimonio de Felipe V, conocido ya por su carácter juicioso, moderado y amante de la justicia, y por lo tanto esperábase de él un reinado feliz. Acreditóse desde el principio de compasivo y liberal, indultando á los desertores y contrabandistas y dando libertad á muchos que gemían en prisiones.

Con la Reina madre se portó con una generosidad tanto más loable cuanto se tenía por menos merecida, pues cuando todo el mundo esperaba que el nuevo soberano habría de humillar á la viuda de su padre en castigo del desden, dado que no fuese verdadera enemistad, con que ella le había mirado y tratado siempre, dedicada toda á engrandecer sus propios hijos, causó admiracion verle confirmar los donativos que su padre había hecho á la reina Isabel, permitirle que conservara el palacio de San Ildefonso, y aún consentirla que residiese en la corte. Igualmente generoso con sus hermanos, constantemente conservó ó promovió sus intereses.

Contra lo que acostumbran generalmente los nuevos monarcas, respetó á los ministros de su padre, conservó al marqués de Villarias en la secretaria de Estado y confió los demas ramos de la administracion al de la Ensenada, que había sucedido á Campillo desde su muerte ocurrida en 1743.

Como los antiguos monarcas españoles, fijó dos días en la semana para dar audiencia pública á sus súbditos, en que pudieran exponerle sus quejas y agravios con objeto de ponerles remedio.

En cuanto á la política exterior, lógico era que sufriese una mudanza importante, dejando de dirigirla la reina Isabel de Farnesio, y teniendo las riendas del Estado un príncipe más inclinado á la paz, y que había tenido ocasion de observar el disgusto con que veían los españoles los sacrificios inmensos que por satisfacer la ambicion de la Reina madre se les imponía.

Mas á pesar de esto, todavía escribió á su primo Luis XV, manifestándose dispuesto á respetar los empeños que su padre había contraído y apoyar en consecuencia de ellos la causa de su hermano.

Sin embargo, las negociaciones privadas que el gabinete de Versalles había entablado con otras potencias respecto á la guerra de Italia, pusieron á Fernando VI en el caso, sin faltar á su conciencia y á la fe de los tratados, de ser ménos escrupuloso en la observancia del pacto de Fontainebleau.

Por otra parte, la guerra de Italia tenía reducidos á muy mala situacion á franceses y españoles; los austro-sardos se habían hecho dueños de Plasencia, y vencedores en San Giovanni y en Rottofredo, habíanse aquéllos retirado á Voghera, y como que estaban muy reducidos y mermados ya ambos ejércitos, no podían estar sino á la defensiva, y esto no sin gran esfuerzo y trabajo.

Para formar una ligera idea de lo esquilmas que quedaron las fuerzas franco-hispanas, bastará decir que en Rottofredo perdieron sobre mil hombres, y con la desercion que produjo esta derrota, se calcula que no pasarían de veinte mil los que llegaron á Voghera. Los historiadores franceses suponen que estas pérdidas sólo las sufrieron los españoles y napolitanos, porque Maillebois con sus franceses efectuó en aquel tiempo, por medio de marchas y contramarchas, un movimiento sobre San Giovanni que le valió en Italia mucha reputacion militar.

En tales circunstancias llegó á Voghera el marqués de la Mina, nombrado por el Rey general en jefe del ejército de Italia, cuyo nuevo general era un verdadero español por su odio á los franceses, como decía el ministro del rey de Francia, marqués de Argenson.

El marqués de la Mina, que había hecho ya la guerra de Sucesion, que se halló en las expediciones de Sicilia y de Oran en 1732, que mandó el ejército de Toscana en 1733, que fué embajador en Paris y arregló el matrimonio del infante D. Felipe con Luisa Isabel de Francia, que despues fué general en jefe del ejército de Saboya á las órdenes de Felipe en 1743, en reemplazo del conde de Glimes, era un general de mucha reputacion por su capacidad y sus servicios. Cuéntase de él que en una batalla arengó á sus tropas con esta lacónica y expresiva frase: *Amigos míos, sois españoles, y los franceses os están mirando.*

En cuanto al conde de Gages, á quien fué á reemplazar, fué también uno de los españoles más distinguidos en el arte de la guerra. La campaña de Italia de 1743 había sido admirable. Su mayor elogio lo hizo Federico de Prusia, diciendo que sentía no haber hecho al ménos una campaña á las órdenes de este general. A su vuelta á España fué muy honrado por Fernando VI. Murió de virey de Navarra en 1753 á la edad de 73 años.

Aunque el nuevo general, marqués de la Mina, iba á las órdenes del infante D. Felipe y llevaba para él una carta muy afectuosa del Rey, sus instrucciones particulares eran de no concederle influjo alguno en la direccion del ejército, siendo uno de sus primeros actos intimar á Gages y á Castelar su separacion del mando, ordenándoles que volviesen á España.

Tan pronto como el nuevo general en jefe tomó el mando del ejército, con una autoridad decisiva dispuso la retirada á Génova y el abandono de Italia. El infante D. Felipe y el duque de Mantua se resignaron á ejecutar su disposicion, como si aquél no le

tuviere bajo sus órdenes. Al ver esto el frances Maillebois, no pudiendo sostenerse solo contra los sardos y austriacos, se vió precisado á seguir el ejemplo y los pasos del general español.

Los imperiales que les perseguían les obligaron á precipitar más su retirada: el paso de la Bocchetta fué forzado, y si bien las arengas de Maillebois pudieron sostener algunos días á los genoveses, á poco se vieron éstos abandonados, pues el general frances no tuvo otro remedio que entrar en la Provenza, como lo había hecho ántes el marqués de la Mina.

Génova no pudo resistir á los austro-sardos, protegidos por la escuadra inglesa, y algunos patrios enviados á tratar de capitulacion, fueron recibidos con enojo y desprecio por el general alemán Botta Adorno, que había reemplazado á Linchtenstein.

Pero como que la situacion era cada vez más tirante, no tuvieron otro remedio los genoveses que someterse á las condiciones del vencedor, y las condiciones fueron duras. La ciudad de Génova había de entregarse á discrecion; todas las tropas quedaban prisioneras de guerra; los arsenales y almacenes puestos á disposicion de los austriacos; el dux con diez senadores iría en el término de un mes á Viena á pedir á María Teresa perdon de los agravios hechos por la república á su majestad imperial; la ciudad pagaría en el acto una multa de cincuenta mil genovinos, sin perjuicio de las contribuciones que ulteriormente se exigieran. El general austriaco tomó posesion de Génova en setiembre de 1746, mientras el rey de Cerdeña tomaba á Finale y sujetaba á Saboya.

Orgullosa María Teresa de Austria con este triunfo, quería emprender la conquista de Nápoles, pero los celos del Gobierno ingles la hicieron renunciar á este proyecto y sustituirle con el de una invasion combinada en la Provenza.

Cárlos Manuel tomó parte en esta empresa también, y á fines de noviembre un ejército de treinta y cinco mil hombres, la tercera parte sardos, se hallaba reunido en Niza: una escuadra inglesa había de protegerle. Todo se puso pronto en movimiento: las tropas atravesaron el Var con corta resistencia; el puerto de Antibes fué bloqueado; el 13 de diciembre de 1746 se tomó á Frépus; las islas de San Honorato y Santa Margarita fueron ocupadas; todo anunciaba una marcha victoriosa y una conquista fácil, cuando una insurreccion que estalló en Génova vino á detener impensadamente los progresos y los planes de los confederados contra los Borbones.

Las exacciones violentas, las vejaciones de todo género que estaban cometiendo los comandantes austriacos, las insolencias diarias de los soldados, los insultos de unos y de otros consiguieron al fin provocar la indignacion de los genoveses.

Como si fuesen acémilas se les hacía trabajar en el transporte de la artillería que sacaban para la expedicion de Provenza, y en fuerza de tantas humillaciones, despertóse y revivió la independencia y el valor de los antiguos liguros.

Un día, el 3 de diciembre de 1746, en ocasion que se les obligaba á sacar arrastrando un mortero, un oficial austriaco levantó el baston como para sacudir á los que en esta operacion trabajaban: un mancebo arrojó una piedra sobre el oficial, imitaronle otros, se alborotaron todos, y el populacho comenzó á gritar por todas partes: *¡A las armas! ¡Viva María! ¡Mueran los austriacos!*

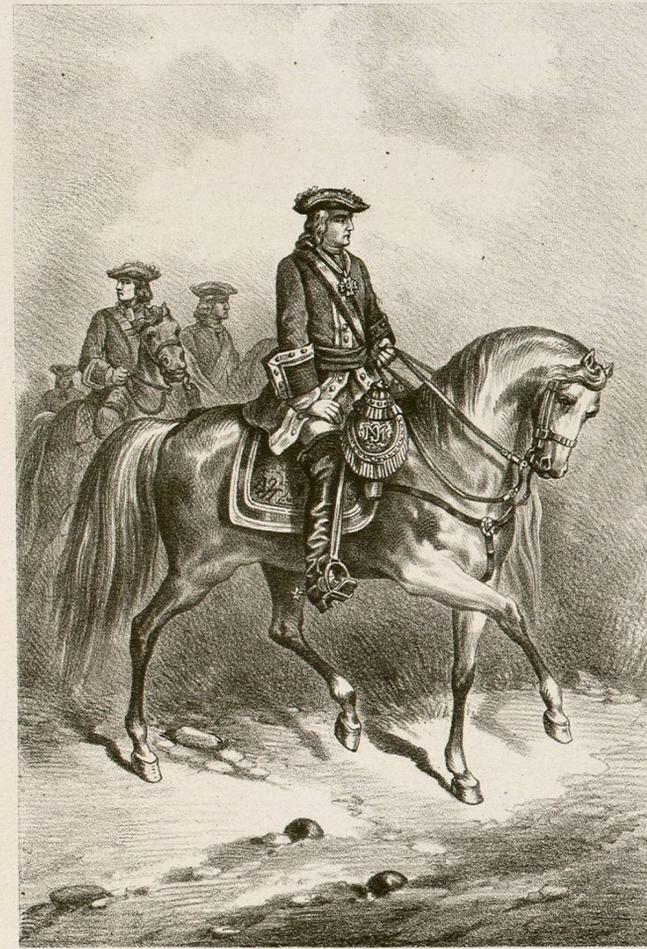
Crecian por momentos los grupos, arrojáronse sobre las armerías, surtiéronse de toda especie de armas, se apoderaron de algunas puertas, tomaron el convento de los jesuitas, barrearón las calles, acorralaron la guarnicion, tocó á rebato la campana de San Lorenzo, resonaron las de todas las parroquias, juntáronse hasta treinta mil hombres de la ciudad y del campo armados de fusiles, sables, chuzos, puñales y piedras, se hicieron dueños de algunos cañones, y empuñaron vivísimo fuego contra las tropas, hasta que consiguieron arrojarlas de la ciudad.

Habían quedado en Génova y sus inmediaciones sobre diez mil austriacos: el general Botta Adorno, que se hallaba en San Pietro d'Arena, mandó reunir todos los destacamentos dispersos; pero ya era tarde; el pueblo genoves salió furioso en persecucion de los austriacos, y aquel general inepto y soberbio tuvo que apresurarse á franquear el paso de la Bocchetta despues de haber dejado cuatro mil prisioneros en poder de los genoveses.

La vergüenza le obligó á retirarse, pidió permiso para dejar el mando y le fué concedido. Esta insurreccion de Génova produjo gran sensacion en toda Europa, pues aquel pueblo que no supo resistir á los austriacos cuando estaban lejos, los arrojó cuando estaban apoderados y eran señores de la ciudad y del país.

La revolucion de Génova frustró los planes de los enemigos de los Borbones en Provenza. Faltaron los víveres, municiones y artillería con que contaban, pero se mantuvieron, sufriendo mil privaciones, todo el mes de enero de 1747; muchos se pasaron á las filas francesas, hasta que, por último, españoles y franceses tomaron la ofensiva, y reforzados éstos con tropas de los Países-Bajos, obligaron á los austro-sardos á repasar el Var en febrero.

Los reyes de Francia y de España cuidaron de enviar prontos socorros á Génova, porque María Teresa de Austria, irritada por aquel contratiempo, ordenó al general Schulemburg que fuése á someter á toda costa la soberbia y rebelde república.



EL GENERAL MARQUÉS DE LA MINA.